



## Ojos que conocen, miradas que se interpretan

*Eyes that know, looks that are interpreted*

Eva Berenice Ramírez Velasco<sup>1</sup>

*Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.*

*Lic. Historia*

*Pasante de Licenciatura en Historia*

*bramrez35@yahoo.com*

Luego de un placer intenso y fugaz, la joven quedó pasmada al darse cuenta de que había sido descubierta, lo que provocó que aquella sensación se transformara en odio hacia el niño que la miraba y cuya expresión era la misma de siempre. Ese rostro apacible lograba penetrar en su conciencia como un cuchillo que detenía su corazón y le provocaba sufrimiento a causa de la culpa y el temor. Un sentimiento de alegría enfermiza la hacía pensar que se desangraba y que gota a gota, lograba escapar del mundo de forma rápida y sin mácula. Lo que más la enfurecía era imaginar que esa boca inexpresiva se transformaba en una sonrisa discretamente burlona. Aun así, Teresa buscó mantener la compostura, pues de otro modo le habría lanzado la vajilla o, por lo menos, hubiera deseado que el niño se fuera a otro lugar. Como no podía hacer nada, se limitó a pensar:

“Ya déjame en paz ¿Qué vas a saber tú?, ¿qué es lo que ha hecho esa mujer por mí? Me manda al infierno después de cada misa y yo, bruta como soy, sólo repito como perico “así sea”, como si fuera bonito saber que me voy a achicharrar por cosas que no he hecho. ¡Ja! Que dizque me cuidas, me vigilas. Tengo que soportar tu mirada en cada momento. Me volteo y ahí estás. Me siento y te tengo a un lado. Me escondo y descubres

---

<sup>1</sup> Pasante de Licenciatura en Historia por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Su línea de investigación: historia de las instituciones psiquiátricas. Publico el artículo “Un acercamiento a la historia del hospital de San Roque en Puebla”. en la revista Cuetzlaxcoapan. Enfoque al patrimonio histórico, número 23 (p.24-29) [Disponible en línea] <https://centrohistorico.pueblacapital.gob.mx/otraspublicaciones/nuestras-publicaciones/revistas>] y “El estudio de la enfermedad mental en la ciudad de Puebla. La profesionalización de la psiquiatría en los siglos XIX y XX” en el libro Memorias del II Encuentro Estatal de Jóvenes Investigadores 2022.(p. 641-658) Publicado por el Consejo de Ciencia y Tecnología de Puebla (CONCYTEP) [Disponible en línea] <https://concytep.gob.mx/publicaciones/libro-c-l-2022-09-51-memorias-del-ii-encuentro-estatal-de-jovenes-investigadores#4>



mi escondite. No basta con los palos que me dan mi padre o mi madre, debo soportar los desplantes de la señora, la indiferencia del señor y tu mirada acusadora.”

En ese momento, tronó la boca y mezcló el chocolate con la cuchara para esconder la saliva que escupió en cada taza.

“Como si esa bruja no hubiera ya saboreado mis fluidos. Ella sabe que mi saliva recorre su boca cuando besa a su marido”.

Su monólogo mental no conseguía mermar su inquietud. Desde que vio aparecer esa mancha no dormía tranquila. Era cierto que no le dolía y le agradecía a Dios que hubiera salido en el pliegue de su muslo, por lo menos así nadie se daba cuenta. Aunque podía esconderla cuando se bañaba, esas cosas llegaban a saberse y tenía que decirle a Miguel para reclamarle o, por lo menos, tomar ventaja de ello. Sabía que lo iba a negar y que Doña Rosaura lo iba a apoyar.

“Ese es un agachón. Me sacó de la tienda para complacer a su mujer, quien buscaba ocultar sus astas de cornuda, pero no podía desaparecer las del demonio. ¡Ja! Dice que es la encargada del novenario del señor del perdón, pero ella no lo aplica, pues redime los errores a palos”.

Para tratar de esquivar la mirada del niño que la seguía, se volteó y encontró otra mirada parecida, la de una imagen de Jesús Nazareno que aparentaba suplicarle “soporta como yo”. Frunció levemente la nariz cuando reflexionó que su vida también estaba marcada por el sufrimiento, pues sus padres la bautizaron como Teresa de Jesús, aquella santa de la que tanto hablaban esas mujeres que se reunían en las noches para rezar, pero al final criticaban a todo mundo. Ella detestaba esas reuniones porque los focos alargaban sus días de trabajo y de igual modo, despreciaba su nombre. Teresa se veía como la antítesis de aquella santa; era morena, inculta, pobre y, según decían los invitados más próximos al círculo intelectual quienes no se molestaban en disimular su descortesía, degenerada a causa de su padre, que era un borracho que perdía toda noción después de varios vasos de pulque. Él se encogía en su silla, ensimismado y con la mirada pérdida porque no reconocía a nadie. Eso no era lo peor que sucedía, pues cuando entraba en pánico se ponía a vociferar y a jalonearse, como si los federales lo estuvieran llevando ante el pelotón de fusilamiento.



Tomó la bandeja y cuando se dirigía a la sala, se volvió a topar en el pasillo con el niño, a quien le dijo —no me vas a espantar, aunque te escondas—y le lanzó una mirada intimidante para que comprendiera que quería tener privacidad. Aunque sabía que “el que todo vigila” era mudo, tenía la sensación de que podía leer sus labios y sus ojos, lo cual era una maldición.

En la sala, doña Rosaura conversaba con la esposa del licenciado Morales, una costeña con risos cuya risa estaba opacada “por las preocupaciones” igual que sus cabellos que empezaban a platearse.

—No se preocupe Doña Cleotilde—decía Rosaura—las cosas van a cambiar cuando regrese el general del exilio.

—No sé, Rosaura. Tengo miedo por Justo. Lo acaban de reacomodar en la jefatura, pero estaba enojado porque tuvo que negociar con la “chusma” para que le respetaran su cargo anterior. Me da vergüenza admitirlo, porque es mi obligación aguantarlo, pero si lo remueven, se va a desquitar conmigo. ¿Qué va a ser de mis niñas? No me gustaría sacarlas de su ensueño de princesas. Sus pensamientos son ajenos a lo que ocurre a su alrededor.

—Son una ternura. La chiquita parece copia de su muñeca. Blanquita y chinita. Eso es herencia de usted y Justo es más o menos güero.

—Lo sé, es su preferida. Se siente orgulloso de que se parece a su abuela que era europea. La mayor también es guapa. Me gustaría que encontrara a alguien de su tipo. Por eso me preocupa. No quisiera que tuviéramos que mezclarnos con alguna gentuza. A mí lo que me sostiene es la hacienda, pero sin ese recurso, que por la guerra va a la baja, no sé qué vamos a hacer. Debimos irnos cuando pudimos. Al general parece que no le va tan mal en Nueva York.

“Arpías”, pensó Teresa mientras ponía unos platos sobre la mesa, pero su acción fue interrumpida por el reclamo histérico de Rosaura, quien tiró uno al suelo.

—¡Teresa! Eres una tonta. Dejaste uno de tus puercos pelos en el plato. Llévate esta cochinada.

Acto seguido, Rosaura se disculpó con su amiga por el vergonzoso incidente.



—No te exasperes que te va a hacer daño. Te comprendo, pero como está la situación, se puede perder hasta la mala servidumbre. Por eso he empezado a ser más tolerante. Me voy porque tengo que estar en la casa antes de que llegue mi marido.

Mientras Teresa recogía los pedazos de cristal, tuvo un pensamiento perverso pero placentero:

“Si pudiera mezclar el polvo del cristal con el azúcar, podría cortar las entrañas de esa arpía sin que se diera cuenta”.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un jalón de cabellos que provocó que casi golpeará su cara con la mesa.

—¡Tarada! No sé porque te sigo aguantando. Ganas de correrte no me faltan, pero no lo hago por respeto a tus padres. Para que aprendas, ese plato lo pagarás con tu salario.

—Doña Rosaura, ese pelo no es mío, yo lo tengo recogido. Sixta fue la que sirvió. Yo solo traje las cosas.

Aunque la molestia de Teresa aumentaba, decidió disimular y siguió recogiendo los restos del plato mientras pensaba:

“No me corres porque no puedes mujer endemoniada. Ningún perfume es suficiente para disimular tu olor a averno”.

—Escuincla mustia y rezongona—exclamó Rosaura—pero debes saber que Dios te castigara por tus malas acciones.

Al llevar las cosas a la cocina, Teresa se encontró con Sixta quien le reclamó por echarle la culpa.

—¡Vieja sangrona! Pero tú también canija, por qué no te fijas antes de llevar las cosas. Desde que te trajeron han sido puros problemas por tu culpa. Te hubieras quedado allá en el negocio, pues hasta el patrón llegaba de buenas cuando andabas ahí. Pero la tenías que regar... que no puede una muchachita esperar lo que Dios mande.

Teresa no respondió, pero le fastidiaba que Sixta la sermoneara. Ella no había seducido a Miguel. A ella no le llamaba la atención porque no era alto o agraciado. Es más, le daban risa sus bigotes mal peinados, pero tenía buen gusto para vestir, por lo que



se veía elegante. Desde los primeros días, Miguel la cortejó y le hacía promesas de que nada iba a faltarle, pero quién quería zapatos cuando pan era lo que hacía falta a su familia. Era tanta la necesidad que tenían que llegó a pensar en irse con la bola, así sus padres tendrían una boca menos que alimentar. Ella ya tenía 15 años y podía valerse de sí misma y quien quita, capaz se encontraba un hombre que la mantuviera. Aunque no quería reconocer el motivo que tuvo para ceder a las propuestas de Miguel, estaba consciente de que había cometido un error que le había causado muchos dolores de cabeza. No se iba de esa casa porque necesitaba el dinero para mantener a su viejo. Le daba terror que saliera solo a la calle y se sintiera confundido, lo que le causaba ataques que podían ser interpretados por la policía como síntomas de locura y capaz un día terminaba encerrado en el manicomio de Santa Rosa. Su madre ya le había dicho que estaba cansada de su comportamiento y no vacilaría mucho en dejarlo ahí. Solo estaba ella, su hermana y su sobrina para cuidarlo. Sus otros hermanos y su cuñado se habían unido a los revolucionarios y no sabían nada de ellos. Para esconder su dolor, se burlaba del asunto: “seguro los deben haber matado a la primera. Si temblaban cuando tenían que matar ratas, no me imagino cuando le tuvieran que disparar a otra persona”.

Sus cavilaciones concluyeron cuando escuchó las campanadas de la catedral que anunciaba la misa de las 12:00, esas mismas campanadas que servían como contraseña para que se escapara con Miguel a “almorzar” en la trastienda.

“¡Qué tonta había sido! Por más que uno se esconda, el mundo se entera de aquello. Siempre los hombres van a alardear de sus conquistas y ahora ella estaba entre los condenados, ¿Cómo no pensé en eso?”, se regañaba. Pero lo que más la atormentaba era imaginar que Rosaura hubiera sido absuelta, pues desde hacía mucho tiempo se notaba un distanciamiento con su marido más allá de la costumbre de dormir en cuartos separados. Y el hombre, pues es hombre, siempre tiene necesidad de desahogarse.

En ese momento, Sixta salió de la cocina y le dijo:

—Voy a la Iglesia porque ya están sonando las campanas. Comienzas a preparar la comida. Ponte a desgranar el maíz para el chileatole y revisas la carne que ya la dejé en el fuego.

Teresa asintió y tomó el cuchillo para comenzar con la tarea, pero un pensamiento asesino pasó por su cabeza:



“Aunque podría arrancarme la mancha que ocasionará que los demás murmuren a mis espaldas o rebanarme la garganta para mudarme a otro infierno, la verdad es que no tengo fuerzas ni ganas de acabar con mi vida. Lo único que haré será llevarme algo valioso que pueda vender. No voy a sufrir a causa del hambre en la calle, mientras la señora se da unos atracones que ni el señor obispo se da”.

En ese momento se abrió la puerta principal y la señora acudió a recibir a su esposo.

—¡Sixta! —gritó Rosaura, pero en su lugar, apareció Teresa—¿Qué haces aquí? ¡Vete a la cocina! ¿Dónde está Sixta?

—Se fue a misa porque es fiesta de Corpus, ¿Quiere que le traiga algo?

Teresa miró a Miguel con indiferencia, pues sabía que esta acción lo enfurecía, pero ya no podía seguir con el mismo juego. Estaba dispuesta a irse de esa casa y que ellos se pudrieran solos poco a poco y con su prole si sobrevivía a sus pecados y a los tiempos. No había duda de que la señora conseguiría otra sirvienta a la que quisiera salvar con sus oraciones y escarmientos y Miguel tampoco tardaría en buscarse un reemplazo para sus aventuras.

—Tráeme un té de manzanilla—dijo Miguel y añadió—se te extraña en el negocio. Tú ya te habías adaptado tan bien.

Cuando Miguel hizo esta petición, sus ojos miraban al piso como los de un niño que va a confesar una travesura. Para disimular su turbación, tomó del brazo a su mujer con aparente cariño y para calmarla, pues cuando se enojaba fruncía el ceño y la nariz lo que la hacía verse más vieja de lo que era. Mientras caminaban a la sala, él pensaba la forma en la que podía quedarse a solas con la joven para confesarle que la extrañaba y que deseaba estar de nuevo con ella. Sabía que ella no le tenía cariño, quizá sólo ternura e interés. También, había otro motivo por el que quería hablar con ella. Su liviandad lo había conducido a una casa de “mala nota” en la que buscó desahogar sus pasiones y contrajo una enfermedad que seguramente ya le había contagiado. Su mujer sólo sabía de los amoríos que sostuvieron y ya se imaginaba que Teresa podría estar enferma. Para mantener la discreción, acordaron separarla del negocio y tenerla en su casa para “protegerla” y protegerse de las habladurías.



Cuando regreso la joven de la cocina con el té, accidentalmente derramó un poco de líquido sobre la muñeca de Rosaura.

—¡Tonta, lárgate de aquí!

Por impulso, Teresa le puso el trapo húmedo que llevaba en el delantal, pero Rosaura reaccionó con agresividad.

—¡No me pongas tu trapo puerco, se me va a infectar, ya vete! ¡no, espera! ¡recoge tus cosas, ya no te soporto! Después pasaré a tu casa a darles una dádiva a tus padres. Pero ya no te quiero ver.

Miguel trató de calmar la situación, pero Rosaura le gritó:

—¡No te metas! La casa la dirijo yo. Esta india puerca no sabe lo que hace. ¡Me limpió con el mismo trapo sucio con el que hace el aseo! Y para empeorar la cosa, es floja y respondona. No dudaría que se vaya a robar algo. Por eso ya quiero que se vaya. Yo la acompaño a la puerta.

Teresa temblaba de miedo y sólo sintió como Rosaura la tomaba con firmeza del brazo. Miguel se limitó a seguirlas mientras decía—creo que estas exagerando, nunca ha desaparecido nada, déjame darle su último pago por lo menos. Vamos a arrepentimos de lo que haces.

“Si no pude tomar nada, por lo menos le voy a decir algo para que no me olvide”, pensó Teresa y enseguida puso resistencia a la fuerza de Rosaura y comenzó a gritarle— ¡usted es de las que comen santos y ca..!—pero la última palabra se le atoró en la boca y sintió una convulsión leve que le hizo llevarse la palma de la mano a los labios, y sin poder contenerlo vomitó sobre el pórtico y la enagua de Rosaura.

Ésta gritaba histérica y le tiraba manotazos a la joven y a su marido, quien la miraba atónito mientras le extendía un pañuelo para que se limpiara. Unos curiosos, entre los que se contaba Sixta y Cleotilde que había vuelto por su chal, observaron cómo la casta Rosaura se transformaba en una bestia furiosa que gritaba maldiciones. Sixta y Miguel la envolvieron con un rebozo de tal modo que pareció que llevaba una camisa de fuerza y la llevaron al interior de la casa para que recuperara la compostura. Teresa aprovechó el desconcierto para escapar entre la multitud, en su interior comenzaba a crecer el pánico y pensaba “¡Dios mío! A tal grado me prohíbes blasfemar o será que mi

putrefacción ha comenzado y en mala hora he sido desterrada del infierno donde me perdí”.

Sin darse cuenta y aun fuera de sí, Teresa llegó a su casa y comenzó a caminar de una esquina a la otra, sollozaba y se pasaba las manos por el cabello, en cualquier momento podría llegar alguno de sus verdugos. “¿Qué voy a hacer?” se preguntaba angustiada. En ese momento algo llamó su atención, sobre el altar una imagen burda y de madera parecía extenderle una mirada benévola. Teresa se turbó al encontrarse de nuevo con aquellos ojos a los que tanto había huido, se puso de rodillas y dijo—Divino niño de Atocha, no me desampares.